

Naturaleza atlántica: fascinación y ciencia para Francia viajera

FÁTIMA HERNÁNDEZ MARTÍN

Directora del Museo de Ciencias Naturales de Tenerife.
Museo de la Naturaleza y la Arqueología (Antiguo Hospital Civil)
Fuente Morales s/n 38003 Santa Cruz de Tenerife (islas Canarias)
fatima@museosdetenerife.org

HERNÁNDEZ, F. (2018). Naturaleza atlántica: fascinación y ciencia para Francia viajera. *Vieraea*, 46: 737-744. <https://doi.org/10.31939/vieraea.2019.46.tomo02.17>

"...sí, sí, sería muy ventajoso para las ciencias, y principalmente para la geografía y la navegación, enviar a las islas Canarias a una persona acostumbrada a viajes marítimos y ejercitada en observaciones..."

Con estas palabras se destinaba al padre *Louis Feuillée* (astrónomo y botánico), a un enclave atlántico mentado por *François Rabelais*, donde recaló después de complicada travesía, no exenta de oleajes bravíos, para realizar tareas que le había encomendado la Academia de Ciencias de París, aquella que –fundada en 1666– solventaba problemas que tanto preocupaban al Estado.

Enjuto (a juzgar por su retrato) y ya entrado en años (a decir de sus biógrafos), fue personaje relevante que, allá por el siglo XVIII, gustaba recorrer la vereda del linde costero de Santa Cruz de Tenerife, la que lleva hasta el *Barranco de Paso Alto*, herborizando todo aquello de interés que encontraba en su caminar. *Herborizar* ha sido verbo muy utilizado por nuestro gremio, en alusión a recoger vegetales que, prensados adecuadamente, fueran trasladados, no sin serias dificultades para ahuyentar toda suerte de insectos o parásitos con avidez por infectarlos, a los herbarios que se estaban constituyendo o para semillas y plantas vivas a los jardines (en este caso de Francia).

Feuillée (erudito y con experiencia en lugares distintos y distantes, recordemos que había viajado por Oriente y recorrido las Antillas), junto con su asistente el pintor *Verguin*, bocetó del natural, mediante plumilla, ciertas especies, como la *violeta del Teide*, dejando para la posteridad la impronta detallada de la diversidad de nuestras Islas y poniendo de manifiesto, con este gesto, la importancia que ha tenido el *arte de dibujar* para la ciencia, hoy en día algo relegado por la fotografía y las nuevas tecnologías, que cierto es también...tanto ayudan en investigación.

Dragos, orchillas, bejeques, barracudas, perenquenes, salemas, cazones, minerales...todo asombraba por entonces, todo era de interés para la Historia Natural. Y al igual que fascinaba ascender al Teide –majestuoso– por angostos senderos de difícil tránsito, también intrigaba medir su altura y averiguar, mediante discusiones entre colegas, quién acertaba respecto al asunto, a través de abundante intercambio epistolar, a la usanza de otrora, gracias al cual sabemos de detalles que –de otro modo– hubieran pasado desapercibidos.

Ese andar de observador lo llevaron a cabo otros estudiosos que visitaron nuestra región, como el médico *Aimé Bonpland* que recorrió la misma vereda que *Feuillée* (hacia el *Barranco de Paso Alto*) para obtener muestras que llamaban su atención y viajaron –más tarde– hasta prestigiosos enclaves del país galó. *Sabino Berthelot* (nuestro francés más ilustre, permítanme sus compatriotas que le llame con respeto y afecto, *nuestro*) solía también herborizar por dicho sendero, sobre todo cuando había *luna llena* y este hecho coincidía con la llegada de algunos de sus paisanos para visitar la Isla.

Es curioso señalar cómo –ya tiempo atrás– se insistía en los beneficios físicos, e incluso espirituales, que dichos paseos provocaban. Así, *Auguste de Saint-Hilaire* (explorador de Brasil y botánico) describía –de manera ejemplar– los efectos que dicha recolección ejercía sobre quien la realizaba, pudiendo leerse:

“...en esas largas caminatas, con deseos de hallar plantas...se reanima poco a poco el apetito, se disipa la melancolía y se inspira serenidad...La botánica une juventud de espíritu y ejercicio del cuerpo...”

Esa inclinación por acercarse a la naturaleza la desarrollaron algunos pensadores, caso del francófono suizo, *Jean-Jacques Rousseau*, que no se limitó a invitar al deleite de la observación en sí misma, sino que alentó a confeccionar *herbarios*, para diferenciar –de manera detectivesca– aquellas plantas que nos rodeaban. Evocaba la proximidad a dicho medio –además– como un estado que aportaba paz y serenidad, algo que no se podía hallar en el bullicio social (según decía...).

Incluso, la emperatriz Josefina reflejó su pasión hacia flores y plantas, en muchos de sus cuadros, donde se hacía pintar, cuidando destacar sus más preciadas posesiones –es decir– las 200 variedades de flora que custodiaba (diríase mimaba) en su *châteaux de La Malmaison*.

Muchos franceses ilustres sintieron esa pasión por las bellezas del mundo natural. Así, *Victor Hugo*, muy interesado por los vegetales, lleva el tema a la propia literatura (pensemos un momento en el personaje *Monsieur Mabeuf* de su obra *Los Miserables*). *Mabeuf* posee un *índigo* en un bancal, alquilado al Jardín Botáni-

co; herbarios lujosamente encuadernados (a la usanza de entonces) y había escrito un sencillo tratado sobre *Flora de los alrededores de Caunteretz*. Sabemos que Victor Hugo se sentía orgulloso del *Museo de Historia Natural de París*, el *Collège* o la *Escuela de Paleografía*, a los que ensalza en aquel brillante discurso del 10 de noviembre de 1848, ante la Asamblea Constituyente.

El mismo afán distinguía a *Chateaubriand* que, en su *Carta sobre el arte de dibujar paisajes*, fechada en 1795, recuerda su niñez en el campo, los árboles, la morfología de las hojas, en definitiva, los secretos de la Botánica... pasión compartida por *Honoré de Balzac*, que menciona, con frecuencia, la naturaleza, y a algunos estudiosos –como Cuvier– los llama poetas inmortales.

Louis Mercier (1740-1814) en el capítulo (*Raretés*) de *Tableau de París* inserta de soslayo la figura del naturalista (filósofo natural o científico) y el personaje de *Fintac*, protagonista de una obra (*Contes moreaux*) de Jean-François Marmontel (1723-1799), alardea eufórico de su jardín pleno de plantas extrañas.

Y es que Francia es un país de naturaleza y debido a su exquisita estética, manifiesta en las excelsas producciones no solo de jardines, sino del *jardin potager* de los châteaux, perfumados campos de lavanda en *Provenza*, o extensiones en *La Camargue*, teñidas de rosa avifauna en la deliciosa Costa Azul...aquí, en nuestras latitudes, la costa salpicada de fresca maresía, abruptos barrancos de elevadas paredes donde se ocultaban endemismos; paisajes con palmeras, el monteverde, enhiestos pinares que escondían pájaros de canto y belleza deslumbrante o altas cumbres de las Islas, provocaban fascinación. Era una *natura*, entonces, pletórica y menos conocida, que desentrañaban con pasión –entre otros– los *estudiosos* de Francia, en centros de conocimiento de la Vieja Europa, al amparo de academias, sociedades, universidades... Era en definitiva *...l'avidité curiosité de l'Europe savante...*

Según algunos autores, el papel de los viajeros fue fundamental, ellos no solo aportaban descripciones y relatos a partir de los cuales se levantaba el nuevo edificio del saber, sino que, preparados para ser observadores de hechos naturales, eran testigos del mundo. El espíritu matemático y cartográfico (si pensamos en un tipo de ciencias) o morfológico y tipológico (en relación con otras) informaba herbarios y toda suerte de colecciones.

Como ejemplo, señalemos emblemáticas expediciones francesas que nos visitaron en sus escalas, como *La Pérouse*, de ignoto destino, o la del caballero *Joseph Antoine Bruni d'Entrecasteaux* que estuvo diez días en Tenerife (en octubre 1791), permitiendo al médico *Houtou de La Billardière* (miembro de su tripulación) elaborar un herbario que tanto interés despertara, con el transcurrir de los años, en el inquieto *Sabino Berthelot*.

Digna de destacarse la experiencia del *capitán Baudin*, que permaneció en Canarias entre noviembre de 1796 y marzo de 1797. Desviada de su ruta por impetuoso temporal y refugiada en la Isla, la tripulación descubrió sus encantos, enviando rumbo a París, vía Cádiz, en barco genovés, muestras de fauna y gea. Comprendemos la negativa de *Le Gros* a abandonar nuestra tierra, prefiriendo quedarse en la *isla de ensueño*, cautivado y cultivando ocho fanegadas de tierra en la zona de La Matanza...e incluso ocupando puesto viceconsular que le permitió seguir en contacto con el saber, al que tan aficionado era.

Algo parecido sucedió en 1800, cuando otra expedición comandada por el mismo *capitán Baudin*, en esta ocasión por encargo de Napoleón, hace escala en Tenerife. Destacamos, en los escritos sobre dicha estancia, la amabilidad del cónsul francés *Broussonet*, entusiasta de fauna y flora canaria; las inquietudes del zoólogo *Levillain* y su curioso sombrero, especialmente adaptado para depositar insectos que iba recogiendo extasiado; las caminatas del botánico *Bory de Saint-Vincent* por barrancos de Valleseco y San Andrés o su visita a la colección de *naturalia* que poseían los ilustrados hermanos Saviñón. También la búsqueda desesperada del jardinero-jefe *Anselme Riedlé* de cierta planta que le obsesionaba, pues la había localizado en una escala anterior.

Todo ese ingente material, de valor incalculable, considerado joyas de diversidad, se preservó para la posteridad y permitió consultas, al igual que ocurre con los fondos actuales del Museo Ciencias Naturales de Tenerife, bajo el trabajo diligente del equipo científico-técnico. Ello implica tareas variopintas (investigación, identificación, digitalización...) sujetas a protocolos de gran complejidad y numeroso personal, detalles muchas veces desconocidos para el gran público.

De hecho, antaño, desde los viajes de *La Pérouse*, *d'Entrecasteaux* o *Baudin*, *André Thouin* (maestro de colecciones del Museo de París y miembro de la Academia de Ciencias) preparaba con esmero a los jardineros (*Collignon*, *Lahaye* o *Riedlé*) dándoles instrucciones –muy precisas– al objeto de adecuar las plantas a largos trayectos por vía marítima.

Según leemos en una carta de André Thouin (enviada desde el puerto de L'Havre) donde debía recibir las colecciones recogidas por el *capitán Baudin* (que llegaban a bordo de *Le Naturaliste*):

“...desgraciadamente se perdieron muchos vegetales que se habían embarcado...”

El Museo de París vigilaba en extremo todo lo referente a la conservación y etiquetado (hoy en día de obligado cumplimiento). Así, con ocasión del viaje de

d'Entrecasteaux, Pinel (un miembro destacado del Museo de París) advertía acerca de un problema en relación a las colecciones de zoología:

"...he visto ricas colecciones de zoología, recogidas durante viajes de larga duración, perder su valor por haber olvidado señalar origen o no aplicar el protocolo adecuado..."

Colecciones mimadas y vinculadas a un amplio plantel de expertos. Así, según se recoge en la Memoria de la Academia de Ciencias de París, en relación al viaje de *Jules Dumont d'Urville* (oficial naval y geógrafo), en las instrucciones dadas se especificaba:

"...el Museo de París ha puesto a disposición del Comandante (en referencia a d'Urville) y de las personas encargadas de las observaciones de Historia Natural, dos empleados, un jardinero para las plantas vivas y granos y un preparador para los organismos de zoología recolectados..."

Precisamente, ese interés –de aquellos a los que el académico Henri Poincaré llama en su ensayo *El valor de la ciencia* (publicado en 1904), *curiosos de la naturaleza* e incluso *locos desinteresados*–, queda reflejado en la insistencia del mentado *Dumont d'Urville*, por visitar, en junio de 1826, una intrigante casa, sita en el barrio del Toscal, de la que poseía referencias, pues tenía fama ultramar por albergar *una colección de naturalia*, así como diversos objetos de cultura guanche (entre ellos una interesante momia).

Piezas de naturaleza que, según el mencionado Poincaré, se estudian o admiran por su belleza en sí misma...una belleza íntima que proviene del orden armónico de las partes, una belleza... *diríase intelectual*... Y es que según Montaigne... *"es el disfrute, no el poseer, lo que nos hace felices..."*

Gracias a estos *apasionados de la búsqueda* y siguiendo la máxima de Michelet... *"la geografía debe comenzar por el mar..."* con el paso del tiempo y el nacimiento de la oceanografía, se inician expediciones de investigación marina. Muchos eruditos franceses encontraron en aguas del Archipiélago el lugar ideal donde descifrar enigmas o detectar especies *nonatas* para la ciencia. En esa etapa, Alphonse Milne-Edwards (académico y eminente carcinólogo) con apoyo del Ministerio de Marina y de la Instrucción Pública y pertrechando los navíos *Travailleur* (1880, 1881, 1882) y *Talisman* (1883) realiza interesantes descubrimientos.

¡Qué tiempos señoras y señores...¡era ciencia en progresivo y continuo de-

sarrollo, y amplio apoyo presupuestario, que facilitó hallazgos fundamentales, como el descubrimiento de *la anafilaxia* por los profesores Richet (Premio Nobel de Medicina en 1913) y Portier, experimentando con *aguavivas*, mientras –invitados por el príncipe-mecenas de Mónaco– navegaban muy cerca de nuestras aguas, un sofocante estío de 1901. El príncipe Alberto y el Dr. Jules Richard, director de su Museo, se hallaban muy intrigados por las irritaciones que provocaban en sus *matelots* (marineros) restos gelatinosos, de dichos organismos, que impregnaban los cabos, mientras realizaban faenas a bordo, y animaron a realizar esta investigación que supuso todo un hito en Medicina. Fue una campaña en la que también participaron el profesor Julien Thoulet y el doctor Maurice Neveu-Lemaire, ocupándose de las artes del dibujo (como era habitual a la usanza de entonces) Marius Borrel.

Este esfuerzo de prospección oceánica “...*hombre libre, siempre amarás el mar...*” decía Baudelaire, continuó con la puesta en marcha –en etapas más actuales– de las campañas del buque *Jean Charcot*, allá por 1966, e importantes trabajos de investigadoras marinas, como la profesora Marie-Louise Furnestin (que tanto gustaba explorar aguas canarias), por citar solo algunas eminencias que dedicaron su vida al océano...

No fueron las únicas féminas apasionadas por la mar. Antes, en otras circunstancias, ya habían viajado aguerridas mujeres. Citemos la que, tras lograr embarcar (como polizona) en Brest con *Bruni d'Entrecasteaux*, y tras escala en Tenerife en 1791, donde a buen seguro transitó por nuestras calles, vestida de *varón*, sin ser descubierta, muere misteriosamente tres años más tarde en Java, reconociéndose en ella a Marie-Louise Girardin (hija del Jardinero-jefe de Versalles).

Difícil papel para el embarque de mujeres entonces, ello nos obliga a recordar también a *Rose de Saulces de Freycinet*. Esposa del oficial que comandaba la expedición de *l'Uranie* que fondeó en nuestra rada, el 22 de octubre de 1817, Rose definió Santa Cruz como *une forte jolie ville*, si bien por cuarentena, debida a peste en el Mediterráneo, confinados al Lazareto, no pudo conocer sus encantos...

Burlando la estricta prohibición de *damas a bordo*, había embarcado clandestinamente con la complicidad de su esposo –que la amaba apasionadamente– y con él recorrió la singladura, de tres años, hasta tierras de Australia, en viaje no exento de incesantes peligros. Rose actuó por amor, pero se ganó el honor y la admiración de la tripulación, por su valentía en dicha odisea, según cuenta en el *Diario* que escribió sobre el periplo, publicado tardíamente por familiares (en 1927) –considerado una joya de coleccionista– y plagado de deliciosas notas

y dibujos de *Arago* y *Pellion*, de gran interés para la ciencia y la historia.

Océano y tierra firme, colecciones de referencia que han despertado gran interés y tras un período confuso (a mediados del siglo XX) son defendidas como elementos de valor incalculable, auténticas bibliotecas de ciencia que contribuyen, de manera notoria, a la sociedad, en asuntos tan complejos como seguridad pública, sanidad local, cambio climático, prevención de catástrofes, cultivos agrícolas, enfermedades puntuales o pandemias...Ejemplares catalogados y estudiados en museos, durante muchos años, con atención especial a las series históricas, algunas gestadas en estas aventuras que hemos señalado...

Y cuando llegaba el merecido descanso de estos arduos, aunque apasionantes trabajos, Santa Cruz de Tenerife ha representado el lugar ideal donde el viajero francés –venido del septentrión– ha encontrado solaz, tras dura travesía por el Atlántico indómito.

Su puerto acogedor atrae al visitante, le incita a quedarse. Los espigones protectores albergan improntas nostálgicas de aquellos que, después de semanas de navegación, acompañados por tiburones, ballenas, delfines, medusas o tortugas, encuentran en vibrantes luces de tierra firme, reposo asegurado, viejos amigos y una cama que no se balancea con las ondas marinas.

Hacia el interior, la ciudad invita a contemplar esquinas, balconadas, mansiones solariegas, muchas con reminiscencia francesa; que ocultan historias la mayoría ignotas. Son enclaves añosos, algunos ajenos al despiste de ciertos lugareños, que advierten –un día cualquiera– para su sorpresa, de la belleza que esconden balaustradas, gárgolas u ornatos insertos, por delicadeza arquitectónica, en arcaicos palacios, marquesinas, refrescantes fuentes, recónditas plazas, frondosos parques o aristocráticos hoteles, donde se han gestado tranquilas o trágicas vidas de santacruceños y foráneos que –desde antaño– los habitaron.

Pasear por vetustas callejuelas adoquinadas del *Viejo Santa Cruz*, al abrigo de la brisa, bajo alamedas arcadas; detenerse en rincones con olor a salitre, oteando veleros, navíos o excelsos buques de diseño vanguardista, te hace sentir a bordo de una antigua goleta...

Y si se marcha hacia las afueras, hacia el medio rural, encantadores caminos son testigos de andares donde, además del deleite por la mar cercana, se observa fauna, flora y gea con el ímpetu de un aventurero ávido por descubrir las maravillas que encierra un enclave de tonalidad verde-esmeralda: *Anaga* (Reserva de la Biosfera) y, en opinión del profesor Wolfredo Wildpret, *un espacio único en el planeta*.

Para finalizar, y no aburrir a tan distinguida concurrencia, en mi modesto in-

tento de emular a aquellos relatores de hazañas de los que he hablado, me pregunto si he sido capaz de contarles a la usanza horaciana –con esperanza *captatio benevolentiae* e intención *utile dulci*– acerca de una naturaleza que fascina a los que nos dedicamos a estudiarla y divulgarla, y a los que cada día se asoman a su conocimiento (como antesala de concienciación), al igual que hacía un *savant* de entonces, cuando escribía –en su *Diario*– estas emotivas palabras sobre el paisaje de nuestra Isla:

“...Cuánto daría por poder transmitir las deliciosas sensaciones que experimenté al descansar bajo aquellos árboles frondosos que jamás se despojan de sus hojas...Las flores nuevas, en toda su lozanía a finales de octubre, la paz y el silencio de aquel delicioso lugar, turbados únicamente por el canto de los canarios y el arrullo de las tórtolas silvestres, me llenaron de admiración...”

(Bory de Saint-Vincent, año de 1800, en algún lugar boscoso de Tenerife)

Texto correspondiente a la conferencia pronunciada el día 14 de julio de 2018, en el Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, con motivo de la Fiesta Nacional de Francia.